

que para eso fué el estudio de las lenguas, y para que en los términos tan sencillos que en el idioma vulgar se encuentran para poder entenderlos, se hallen escritas en una de sus lenguas, para que se vea un mismo y diverso punto de las personas de un mismo tiempo.

CAPITULO III.

LUTERO DOCTOR.—1512.

La Universidad de Wittemberg.—El Senado de Wittemberg nombra á Lutero predicador de la ciudad.—Lutero, LICENCIADO Y DOCTOR.—Abandona la cátedra, y por orden de Staupitz visita los conventos de Sajonia.—Tentaciones de Lutero.—¿Es aun católico?

FEDERICO, elector de Sajonia, era un príncipe amigo de las letras y de las artes; músico distinguido, y tan buen humanista, que se sabía de memoria á casi todos los poetas clásicos de la antigüedad. A él es á quien debe Wittemberg aquella Universidad de tanto renombre en el siglo xvi, y que él habia fundado en 1502. Staupitz, cuyo nombre figurará muy á menudo en la historia de la Reforma, desempeñaba entonces el cargo de vicario general de los agustinos, y era ademas catedrático de eloquencia sagrada y decano de la facultad de teología. El príncipe le consultó para la elección y nombramiento de profesores. Staupitz designó á Lutero como uno de los jóvenes sacerdotes en quien Alemania debia fundar grandes esperanzas. Lutero fué escogido para desempeñar la cátedra de filosofía en Wittemberg. La carta

que para ese fin le escribió el príncipe estaba concebida en unos términos tan apremiantes, que ni siquiera tuvo tiempo para pedir consejo á sus maestros. «Apenas, escribe á uno de sus amigos, pude hacer mi maleta y despedirme de las personas de mi cariño.»

La maleta pesaba poco, pues solo contenía un vestido de paño pardo, dos Biblias, en griego la una y en latin la otra, algunos libros ascéticos, y un poco de ropa blanca.

Cuando salió de Erfurt, las lágrimas asomaron á los ojos del joven sacerdote: tal vez leia en el porvenir, y adivinaba que le esperaban grandes disgustos; pero no le era dado desobedecer.

La física y la ética eran dos ciencias hácia las que no sentía ninguna afición. Desde luego habria preferido la teología, «esta señora del mundo, y reina de las artes,» que él tanto glorificó y ensalzó durante su vida. Pidiéndole uno de sus amigos noticias suyas, le responde: «Gracias á Dios estoy bien; pero mejor estaria si no me viese obligado á enseñar filosofía.»

Se servia de la de Aristóteles, «este diabólico maestro, segun le llamaba Lutero, que queria edificar sobre el hombre, en vez de edificar sobre Dios.»

Parece que la juventud de Wittemberg acudia en tropel á oír las lecciones del profesor.

Haciase notar por la claridad de la palabra, lo incisivo de los conceptos, y, sobre todo, por la ironía y el desden con que trataba á los astros de la escuela, á los maestros que habian venido antes que él. «Ecos de lo pasado, decia, que no dan de si mas que sonidos humanos, como todos los imbéciles filósofos que buscan la esplicacion de los fenómenos morales en el hombre, en vez de remontarse al verdadero origen; es decir, á Dios y al Verbo.»

Por recomendacion de Staupitz, el Senado de Wittemberg le nombró predicador de la ciudad, y el Obispo aprobó la eleccion.

Esta era una nueva mision, cuya responsabilidad le arredraba.

Tenia miedo, y como comunicara sus temores á un compañero, este procuró desvanecérselos.

Lutero insistió, diciéndole: «¿Quereis que me muera, doctor? Solo desempeñaré tres meses ese oficio.—Muy bien, replicó el maestro de teología: vivir y morir por Dios, ¡qué bello sacrificio!» Lutero cedió.

Subió al púlpito, y predicó alternativamente en el claustro, en la capilla de palacio y en la iglesia del colegio. El gran éxito que obtuvo fue la mejor prueba de que se engañó en cuanto al aprecio que habia hecho de sus propias fuerzas.

Tenia una voz sonora, el acento muy grato, y la accion era noble y espresiva.

Ofreció á Staupitz que no imitaria á sus antepasados, y cumplió su palabra. Fue entonces cuando se vió por primera vez á un orador cristiano prescindir completamente de las citas escolásticas y fundar los testos en los libros inspirados. En este desprecio afectado hácia las formas de escuela pueden muy bien hallarse los gérmenes de rebelion contra la autoridad.

Estos ejercicios diarios de oratoria preparaban á Lutero para las grandes luchas que iba á sostener contra el pontificado. Su auditorio, que era siempre muy numeroso, lo componian en su mayoría jóvenes estudiantes que conocian los escritos de Hutten, y que habian tomado parte en las polémicas intelectuales que turbaban á Alemania desde el año 1500. La Universidad de Wittemberg aumentaba de dia en dia su celebridad, y su gloria la debia sin disputa á las lecciones del monge agustino. Erfurt se mostraba celosa, y sentia haber perdido á Lutero. Y tenia razon, porque hasta Lutero en ninguna cátedra de Sajonia se habia oido una exégesis mas clara y luminosa sobre el Antiguo y Nuevo Testamento.

El testo que esplicaba era de la Vulgata, version para él llena de encanto, y de la que habia de renegar algunos años despues.

Llegó á apasionarse tanto por aquel trabajo filológico, que apenas comia ni dormia. Varias veces fueron á oírle los doctores de la Universidad, y salieron siempre admirados.

Staupitz velaba sobre Lutero, á quien no le escaseaba consejos ni aplausos. Como recompensa de sus trabajos, le ofreció el grado de doctor. Este título costaba muy caro, y Lutero no poseía nada, porque sus lecciones eran gratuitas. Hasta carecia del traje propio del profesorado. El elector se habia encargado del guardarropa del hermano, el que, apenas empezaba á ver usada su sotana, recibia una hermosa pieza de tela, que enviaba al sastre, á quien el príncipe pagaba las hechuras.

El 16 de octubre de 1512, día de la festividad de San Lucas, Lutero recibió el grado de doctor. El concurso era numeroso, y estaba presidido por Andrés Bodenstein (Carlostadio), aquel arcediano cuyos conocimientos habia ensalzado Lutero, y á quien mas tarde debia inmolar, esponiéndole á la risa del mundo sajón: «Pobre diablo, así decia de él, que jamás ha sabido nada; miserable dialéctico, ignorante retórico, que por dos guldos (40 reales) conferia el título de teólogo, aunque le constase que el *nolite vocari rabbi* de la Escritura le negaba ese derecho.» Lutero pronunció en este día la fórmula ordinaria de obediencia á la Iglesia y á los cánones. «Entonces, decia mas tarde para justificar su rebelion, estaba en ayunas en lo tocante al papismo, y Dios no habia quitado todavía la venda de mis ojos.» El 17, Carlostadio dió á Lutero la investidura de doctor. El fraile pudo ya manifestar á sus anchas el menosprecio con que miraba á Aristóteles, y hacer reir á expensas del filósofo griego á todos los habitantes de Wittemberg. Estas risas eran tan estrepitosas, que llegaron hasta

Erfurt y Colonia. La primera de estas ciudades vió con dolor que su alumno atacase con tanta rudeza á uno de los semi-dioses que ella habia coronado, y la segunda estuvo tentada á mirar con compasion ese duelo entre dos adversarios de tan desigual importancia; pero los humanistas de ambas ciudades celebraban la venida de ese nuevo adalid, que, con el auxilio de la Sagrada Escritura, trataba de echar por tierra la autoridad de la escolástica. Reuchlin, con especialidad, se manifestaba lleno de un gozo triunfante, porque conocia todo el valor del fraile agustino. Hacía tiempo que trabajaba en una conspiracion en forma contra los literatos, en cuyo número hacía entrar á todo el que llevaba cogulla ó capucha. La Alemania despertó un día, por decirlo así, amenazada en su pensamiento por algunos monges, cuya tranquilidad no estaba en manera alguna identificada con la muerte de las letras, como se trataba de hacer creer en la multitud. En su celo exagerado habrian querido destruir, segun se complacian en propalar, todos aquellos libros en que se atacaba la revelacion de Jesucristo. Segun Reuchlin, si se les hubiese dejado obrar, como era su deseo, hubieran arrojado al fuego todos los escritos que olian á judaismo, así como Calvino condenó á igual suplicio el *Tratado sobre la Trinidad*, de Sewet, respetando, sin embargo, el español, en lo que Erasmo les ha hecho la justicia que realmente merecieron. Lutero, con el encono que le inspiraban los hábitos, se adhirió al partido de Reuchlin.

Reinaba por aquel tiempo en Dresde el duque Jorge, esclarecido guerrero, aficionado á la teología, católico fervoroso, y cuyo carácter magnánimo no pudieron doblegar jamás las calumnias de los reformados. Instado por Staupitz, quiso el duque oír á Lutero, quien predicó delante de la corte, burlándose, segun costumbre, del escolasticismo, que tan preponderante estaba entonces en Dresde. Lo mismo el duque que sus teólogos asistentes, escucharon

con frialdad al orador. El príncipe Jorge era, sin embargo, al decir de Lutero, quien había estudiado la Biblia mejor que ningún docto de la Germania.

Lutero abandonó el púlpito para entregarse con mas actividad al desempeño de otros cargos que le había confiado el vicario general.

Obligado á ausentarse Staupitz, dió á su protegido la misión de visitar los conventos de la provincia, proporcionando así á Lutero la ocasion de estudiar la vida interior de los claustros. Si hemos de creerle, «la Biblia era un libro que rara vez se veía en las manos de los religiosos, los cuales conocían mucho mejor á Santo Tomás que á San Pablo.»

Hé aquí la mas severa censura que hizo de los frailes de la época, y que, en rigor, no merecían. Sus poderes eran demasiado latos; podía degradar á todos cuantos escarcesen el escándalo entre sus hermanos. En Erfurt reconoció como superior á Juan Lange, que despues fue uno de los primeros que arrojaron el hábito de monge para aceptar la vida matrimonial. Restableció la paz en el convento de Neustadt, que se hallaba gravemente alterada con querellas intestinas, para lo que obligó á presentar la dimision de su cargo y el sello de la órden al prior Miguel Dressel, cuyo carácter débil había contribuido á fomentar los desórdenes. La carta que escribió al prior con ese motivo es una mezcla de firmeza y de dulzura, que al mismo tiempo que hiere, ofrece el bálsamo con que pueda dulcificarse el dolor.

Las dos virtudes que recomienda mas en ella son la humildad y el amor. «La humildad, dice, sobre todo, que es la madre de la caridad.» Como sus advertencias podían muy bien lastimar la susceptibilidad del monge á quien se dirigía, se apresuró á consolarle, manifestando que sin duda habría crecido la zizaña dentro del convento; porque sus ocupaciones no le darian tiempo para arrancar

la mala yerba del campo del Señor. «Tambien puede ser, continúa, que consista en que no hayais orado en la presencia de Dios nuestro Padre y Criador, y porque con las manos unidas sobre el pecho no le habreis pedido que dirigiera vuestros caminos, iluminándoos con su justicia.» En Grimma se le hizo entender que un fraile, llamado Tetzel, predicaba en Wrzem las indulgencias, y que sostenía que tan luego como el *groschen* (moneda) caía en la escarcela del cuestador, un alma salía del purgatorio y se iba en derechura al cielo. Lutero, al oirlo, movió la cabeza, y dijo riendo: «Dios mediante, ya haré yo un agujero en esa escarcela.» Cuando hablaba de tentaciones, tenía razon, porque le asaltaban todas á la vez. Hé aqui lo que le procuraba la gloria, que comenzaba á visitarle en su celda; solo á costa de los tormentos de su cuerpo y de su espíritu podía comprar el triste destino que para mortificarle le tenía Dios reservado en el mundo. ¿Qué le sucederá cuando nuestro monge entre á banderas desplegadas en los caminos de la revolucion? Su primer castigo es la gloria, y le hace ya sufrir tanto, que, no pudiendo mas, ruega encarecidamente á su amigo Cristóbal Scheur que tenga compasion del fraile de Wittemberg, y cese de esponerle á los halagos irresistibles de aquella mujer adúltera, de aquella seductora de los jóvenes que cita Salomón en sus Proverbios, cuyo sutil veneno penetra en las venas, llenando de amargos sinsabores el corazon, y que tiene por nombre *la vanidad mundana*. Ya no quiere que se alabe al que, como él, ¡pobre Lutero! está manchado con la ignominia del pecado.

¡Pormenores preciosos y página interesantísima, que no debería arrancarse de la biografía del reformador!! Pero tan modesto y humilde como se muestra respecto de la gloria, tan arrogante y valeroso aparece respecto de otro azote que no mata sino el cuerpo: estos instantes de la vida de Lutero son aun mucho mas bellos. La peste había

invadido á la ciudad de Wittemberg. Los amigos del doctor le apremiaban para que, imitándolos, huyese, como ellos, de aquellos lugares infestados: «¿Yo huir? les contestó el hermano Martin: ¡Dios mio!... No; jamás. Estoy aquí en el lugar que me corresponde; en él me quedo, por obediencia; y hasta que la obediencia no me haya autorizado para alejarme, no me alejaré; no porque deje de temer á la muerte, que yo no soy un apóstol San Pablo, sino porque confío en que el Señor alejará de mí el miedo.»

Este lenguaje era propio de un sacerdote católico. Cuando Lutero se despoje del hábito que entonces llevaba, ya le oiremos espresarse de distinta manera. El día que la peste vuelva de nuevo á diezmar las ovejas de su rebaño, veremosle rechazar á aquellas almas que buscan el auxilio contra la muerte en la sagrada Mesa de la Comunión. «Basta, les decía, con que se reciba públicamente cuatro veces al año el Cuerpo de Jesucristo: la Iglesia no es una esclava; y administrar la Comunión á cualquiera que se acerque al altar, sobre todo en épocas de epidemia, sería una carga muy pesada para sus ministros.»

¿Era católico todavía Martin Lutero? ¿No se había apoderado de su alma ningún mal pensamiento? ¿Aun no la había manchado la duda?

Hé aquí cómo responde él mismo á estas preguntas: «Estaban de tal manera arraigadas en mi corazón las ideas del papismo, que habría matado, ó ayudado al menos á matar, á cualquiera que en una sola sílaba hubiese negado la obediencia al Soberano Pontífice.»

Lutero miente.

Su correspondencia nos demuestra, por el contrario, que si su fe no había desaparecido, iba muy pronto á marchitarse; que la duda le había asaltado, y que su corazón sentía gran complacencia con el ruido que principiaba á producir su nombre, á causa de los atrevidos arranques orató-

rios que tanto alababa Hutten. Ya no buscaba á Jesus, como otras veces, en las mantillas de su pesebre. Había probado sus fuerzas contra el escolasticismo en proposiciones establecidas como tésis, que no se atreve á sacar á la luz del día, pero que las enseña bajo secreto á Cristóbal Scheurl, para que, como amigo y erudito, le manifieste su opinión. Remitió á Lange *Los Cuarenta preceptos* que predicó en Wittemberg; donde se encuentra parte de su *Simbolo futuro*. En su lenguaje, un tanto capcioso, y en el título de paradoja con que establece sus tésis, se ve todo lo que en ellas ha ocultado.

Es un reto teológico á que provoca, por el órgano de Lange, á cualquiera que se atreva á presentarse, «con objeto, dice, de que se sepa en adelante que él no es hombre que sepulta en un rincón del monasterio aquellas proposiciones, si todavía la Universidad es bastante necia para encerrarle en un círculo tan estrecho.» Lutero no es feliz. Nada le satisface; la duda le hace una guerra tenaz. Impotente para hallar en su alma fuerzas con que repelerla, invoca el socorro de un amigo cuyas oraciones sabía que eran muy aceptas á Dios. «Rogad por mí, escribe al sacerdote Leitzken, porque cada día me aflige una nueva miseria y doy un paso mas hácia el infierno.» La firma de esta carta dice así: *Martin Lutero, hijo desterrado de Adán.*

¡Pobre Cotta! Angel protector del estudiante, ¿qué ha sido de tí? Tu hijo está á punto de perderse.

Johannes Il. von Saxe-Weimar, que el pontificado de este papa...

CAPITULO IV.

TEZEL Y EL SERMON SOBRE LAS INDULGENCIAS.—1517. Leon X publica las indulgencias.—Tezel en Leipzig.—Calumnias de Lutero contra el dominico.—Tezel en Juterbock.—Lutero predica y escribe contra las indulgencias.—Exámen de su obra.—Su influencia en Alemania.—Tezel refuta á Lutero: apreciacion de esta polémica.—Desafio que Lutero propone á este monge.

ALBERTO, Arzobispo de Mayenza y Obispo de Halberstadt, debía al Papa Leon X cuarenta y cinco mil talers por derechos de palio. Los escritores reformistas nos presentan á este Prelado viviendo fastuosamente, con una corte brillante, y reducido, á causa de sus inmensos gastos, á no poder satisfacer lo que adeudaba á la Santa Sede.

Era, sin embargo, indispensable saldar este descubier-to pagando su deuda, y el Papa le proporeció un medio hábil para conseguirlo. Leon X habia publicado en 1516 las indulgencias, que permitió predicar en Alemania; y cuyo producto se destinaba á concluir la iglesia del Vaticano, maravilla de Bramante, que no pudo ver terminada su antecesor.

Al advenimiento á la tiara, Leon encontró el tesoro pontificio exhausto, á causa de las guerras sostenidas por